

## ESTROFAS DE LLUVIA

---

Todavía saben a sal los labios de las muchachas y permanecen frescos en nuestros oídos los murmullos de las últimas olas. Pero el otoño llama a las puertas del verano para pintar en el campo acuarelas de vendimia y azafrán. El sol vuela más deprisa y descuelga sus hogueras sobre el horizonte arrebolado.

Cuando llegue a vuestras manos, amables lectores, este número trece de *Alforja de Estaribel* la tierra habrá rendido ya los últimos frutos del verano y el campo se habrá ataviado con su gama de colores ocres, en contraste con el verde incipiente de los sembrados. La túnica morada de los azafranales, preludio del adviento, habrá dejado en nuestra retina el recuerdo imborrable de un arco iris multicolor, como un cuadro de Sorolla que se agranda ante nuestra mirada para permitirnos seguir soñando.

Mientras tanto, las ciudades habrán recobrado su pulso cotidiano, con muchos estudiantes cargados de libros para comenzar el nuevo curso entre bostezos y nostalgia de fugaces amores estivales. Largas avenidas, invadidas de hojas yertas, crujen bajo los pies apresurados de los transeúntes. Es el ritmo inexorable del tiempo, el cíclico despertar de las estaciones en el mágico engranaje del Orbe que nos hace soñar eternidades apacibles.

Este impulso vital que nos anima a retomar nuestros anhelos, ¿es esa sangre-savia del amor que nos acoge entre sus brazos o es acaso una brizna de azul cosmogonía que apuntala nuestro entusiasmo?

El otoño invita a la meditación. Noviembre huele a crisantemos y el llanto de los cementerios nos hace presentir la lluvia repicando soliloquios sobre fauces sedientas de la tierra, sobre los tejados impasibles, sobre el sueño indolente de los parques y jardines. La lluvia nos trae en sus estrofas un preludio de vida y esperanza, racimos de promesas que recorren la piel del mundo, nueva melodía que reverdece en cada gota los besos derrotados.

El cielo se ha puesto su bufanda gris, los ríos y los arroyos ensanchan sus caderas. El silencio se ahonda como un bosque y el ritmo de la sangre en nuestras venas, viene a recordarnos que aún estamos vivos, que aún merece la pena jugar con las palabras para alumbrar con ellas tantas ilusiones maltrechas en este incesante ajetreo de la vida, verdadero mercado donde todo se compra y se negocia, ignorando las razones más hondas del corazón.

La lluvia va borrando nuestras huellas sobre la piel del mundo y nos invita a estrenar nuevos caminos, senderos de sorpresas, la música fragante que nos permita ser nosotros mismos, con las manos incendiadas por las rosas últimas, acariciando el aire de la tarde aromado de membrillos y la palabra floreciendo en nuestros labios para abrirle balcones a la noche.